

porque no encaja en forma completa en el modelo propuesto. Lo que se está discutiendo es solamente los conceptos teóricos levantados por el autor, y no su tentativa de aplicación del modelo, donde es llevado —por la propia realidad— a alejarse de allí. Prueba de que el autor no es insensible a los aspectos que en su esquema deja de reconocer.

Esta es una obra que merece atención por el hecho mismo de abrir un debate de la más alta importancia. Es preciso, no obstante, que se preste atención a los problemas surgidos en un análisis como éste, en el cual los conceptos, de muchas formas, no corresponden a la compleja realidad del mundo actual, donde los procesos desiguales determinan el desarrollo del Estado capitalista.

Sergio Henrique Hudson de Abranches

Adolf Kozlik: *Volkshapitalismus. Jenseits der Wirtschaftswunder*. (Compilaciones hechas por María Jilg, Helmut Kramer y Kurt W. Rothschild.) Europa Verlag, Viena, Frankfurt, Zürich, 1968, 400 pp.

Uno de los grandes méritos del libro de Adolf Kozlik, economista austríaco muerto en 1964, es haber definido los condicionantes del "sistema" económico del capitalismo avanzado y, de acuerdo a ellos, haber evaluado los méritos y defectos de los instrumentos de medición de la distribución del ingreso, de la concentración y centralización del capital, así como haber apreciado en su justa medida muchas hipótesis relacionadas con varios elementos de la igualdad económica. Esta carencia puede apreciarse en tesis que relacionan el avance del ingreso per cápita con las desigualdades iniciales en materia económica, en especial, la de que los ingresos sufren un descenso relativo en las etapas inmediatas a ciertos cambios institucionales, para luego mejorarse la distribución de igualdades. Kozlik refuta con minuciosidad la falacia de las estadísticas norteamericanas, elaboradas directamente o en forma indirecta sobre la distribución del ingreso o de la propiedad, asentando sus dudas acerca de la supuesta mejoría en la distribución. En seguida ataca la

ineficiencia de otras medidas gubernamentales como los impuestos al capital o como la recepción de los asalariados de remuneraciones extrasalariales (como la posesión de acciones).

En cuanto a las formas de capital predominantes en los Estados Unidos, Kozlik refuta la tesis del control de fuerzas invisibles del mercado o de fuerzas contratantes de la tendencia a la concentración del poder económico. Para ello actualiza con datos de 1960 la estructura de los principales *trusts* y *cartels* norteamericanos, muestra cómo las medidas gubernamentales y la enemistad del pueblo norteamericano sólo han cambiado la fachada de la concentración, sin que se haya democratizado el control financiero o administrativo clave, así como la idea de que la separación formal entre la propiedad y la administración (los gerentes) conduzca a reducir la brecha entre la racionalidad de la empresa y la irracionalidad de la sociedad en su conjunto o que democratice el control económico-financiero.

La refutación de la supuesta democratización o popularización del capitalismo altamente desarrollado constituye uno de los elementos importantes del establecimiento de los condicionantes del "sistema", para que funcionen teorías evolucionistas lineales a la Keynes o a la Rostow. Lo mismo pudiera decirse de otros trabajos que tocan las condicionantes "feudales" que preceden el *take off* y que supuestamente cristalizan en la inmovilidad y en la rigidez de la estratificación social.

Son muy interesantes las tres posibilidades teóricas e ideológicas que se derivan, según él, de la concentración del poder y el ingreso, tal y como se dan actualmente en los Estados Unidos:

1) La posición liberal-conservadora: la libre competencia se debe restablecer a través de medidas legales que frenen la concentración.

2) La posición liberal-radical: el poder del mercado de los grandes consorcios debe ser recortado a través de una vigilancia de sus ganancias con reglamentación de precios por parte del gobierno.

3) Se justifica la economía del poder (como antes se justificó la economía del

mercado con las fuerzas" contraatacantes", la competencia de otras empresas, de los sindicatos, de los consumidores y del gobierno) con la idea de que los empresarios gerentes obran por motivos sociales, más que por motivos empresariales egoístas, en beneficio del pueblo.

Las páginas siguientes demuestran que el aparato burocrático, lejos de trabajar para el bien común, trabaja para sí mismo. Las grandes corporaciones asimilan bancos de inversión y, sobre todo, aseguradoras. Los fondos mutuos utilizan falsa propaganda para elevar el número de clientes, sin que sufran castigo o se les grave por esas ganancias.

Kozlik pone en duda las metas sociales o humanas que el crecimiento económico norteamericano pretende alcanzar. Su crítica se dirige en contra de la tendencia a ver el progreso en la cantidad y calidad de los artículos de consumo, lo mismo que a medirlo a través del producto socialmente producido. Ambos enfoques —dice él— ocultan el costo social que en sufrimientos han representado, tanto en un sistema capitalista o uno socialista. El consumo en Estados Unidos ha pasado de lo necesario a lo superfluo y al derroche, no porque el espíritu humano haya desarrollado siempre nuevas aspiraciones, sino porque el sistema económico las induce a través del derroche publicitario. "La competencia monopolística —como motor del derroche— descansa sobre la diferenciación de los productos... en la creación de nuevas mercancías que desarrollan nuevos deseos, y con la mercadotecnia que los vende."

Cita enseguida que en el capitalismo más desarrollado se ha traspasado el mundo de la escasez, de los salarios al nivel de subsistencia, al del exceso, cuando el ingreso y el producto sobrepasan al poder de compra. Entonces los capitalistas comienzan a ahorrar por derroche. Con el ahorro de esta minoría, vaticina él, subirá el desempleo (no el consumo de los desempleados, puesto que están subsidiados) así como las guerras. El remedio adoptado de reducir las horas de trabajo o bien reducir el producto se debe ver como signo de subocupación crónica de los diferentes mercados. El

derroche público parece entonces ser el remedio preferido.

Kozlik espera que la mayor intervención gubernamental implique una mayor y necesaria similitud en sus gustos, en sus normas, con lo que la diferenciación de los productos-condición del monopolio, sufra una reducción. Que implique también un cambio en la actitud de los empresarios hacia el lucro personal. Pero el cambio de la escasez a la abundancia será un cambio del reino de la necesidad al reino de la libertad, siempre y cuando "las mercancías sean producidas en cantidades suficientes y las necesidades de los hombres se autolimiten". "Una sociedad se volverá más libre en la medida en que nadie tenga que actuar económicamente." Para que el capitalismo avanzado pueda dar este paso —que lo puede dar, según se desprende de la segunda parte del libro— tendría que abandonar la meta del lucro individual, y para lograrlo tendrá que existir una mayor igualdad social y que la mercancías no se derrochen. Para el socialismo este paso será más fácil, porque él ha cambiado esta meta por la de la satisfacción de las necesidades.

Pero los teóricos del socialismo han creído sólo en un camino para llegar a él: la conciencia de clase obrera que la impulsa a la toma del poder, gracias a los efectos de la depauperización absoluta de los trabajadores o la incapacidad del sistema para desarrollar sus fuerzas productivas; nunca como el paso de la escasez a la abundancia. "El socialismo —en los países altamente desarrollados— no llega a través de un movimiento obrero socialista y consciente, al cual se le trasplanta la conciencia, sino porque el capitalismo únicamente se puede mantener al ir adoptando cada vez más rasgos socialistas" (p. 202).

A continuación deja el tema político del pronóstico de la vida económica para analizar la relación entre el progreso tecnológico, la inversión de capital y el empleo. Ataca la idea de que con un mayor producto habrá menos desempleo (la tendencia inversa parece ser más realista), lo mismo que la otra de que en la actualidad se requiere más inversión de capital para dar ocupación a un individuo que en épocas pasadas. Comenta que esta

última tesis se ha utilizado para garantizar una mayor participación del capital en el ingreso en detrimento de los sueldos y salarios, cuando la explicación del desempleo es el subconsumo. La relación entre capital invertido adicional y el empleo adicional, en un tiempo dado, tiene que tomar en cuenta el mismo nivel tecnológico y, además, ambos —empleo y capital— dependen de la cantidad de mercancías que por muchos motivos se han decidido producir, así como su utilización o subutilización. “La ocupación de los que se desean ocupar y el capital producido dependen principalmente de la utilización del ingreso. Ésta a su vez depende de la distribución del ingreso y de los impuestos y créditos del Estado.” Esto significa que en economías donde la participación estatal en el consumo es reducida, tiene que intensificarse el reducido mercado privado de consumidores, con lo cual, en parte, se explica la importancia de la publicidad comercial. Pero, a pesar de la participación del Estado, un sistema capitalista —dice Kozlik— no logra acelerar el crecimiento, sino tan sólo mantenerlo y amortiguar las oscilaciones y aun eliminarlas. Le permite mantener el desempleo dentro de fronteras políticamente tolerables. Las relaciones entre el empleo y la inversión de capital las trata siempre en función de la intensidad del monopolio. Con un desempleo bajo, más altos los salarios y el poder de compra, con una baja de las utilidades de las empresas pequeñas, de competencia y con un alza de las utilidades de las empresas monopolísticas. Bajan los salarios, suben las ganancias de las empresas competitivas, pero la formación de capital crece más rápidamente que el consumo y la producción también se frena por falta de mercado. Las alzas o bajas de salario, en conclusión, no son soluciones. Solamente cuando el gobierno reduce la desigualdad del poder de los capitalistas y las tasas de ganancias, entonces resultan ganancias relativamente bajas y sube el empleo, que consecuentemente trae consigo mayor empleo.

La medición del crecimiento a través del crecimiento del ingreso, se relaciona con la misma meta de producir mercancías y servicios en grandes cantidades, sin

que se justifiquen muchos de ellos ni se dirijan a la satisfacción de necesidades específicas. Tan sólo el costo de lo producido es contabilizado. Kozlik cita una compleja serie de ejemplos muy ilustrativos al respecto (pp. 212-213).

La segunda parte no fue escrita con la integración con que la presentan los compiladores de esta obra póstuma y se refiere al lado propiamente político del capitalismo avanzado en los Estados Unidos de la actualidad. Kozlik define o recuerda la definición francesa de la democracia y llama la atención sobre la insuficiencia de esta definición, que deja fuera el interés del pueblo por hacer efectivos los derechos y leyes que le corresponden. “No encuentran que sea necesario garantizar estos derechos para los otros, ni asegurarlos, y hasta encuentran que aquel que exige esos derechos les roba su tranquilidad y por eso le quieren quitar ese derecho.” Así, en sentido económico, la ley no niega a nadie el derecho a ser rico y dichoso, pero los hijos de los ricos, de la misma manera que los nobles de antes, se toman el derecho a heredar (privilegio de nacimiento), y los hijos de los pobres no pueden ni siquiera pagar las penas monetarias por delitos menores y tienen que ir a la cárcel. De la misma manera, el derecho a ser un *self-made man* y ascender según la propia capacidad formalmente está abierto, pero no es ejercido por la mayoría. Frente a la elección formal de posibilidades que plantea la democracia burguesa, se esconde el hecho de que no todos heredan las mismas características, y por lo tanto no tienen la posibilidad de elección. Pero, en función de desigualdades humanas no eliminables, se contraponen el mismo derecho de todos los hombres de satisfacer sus necesidades, necesidades que son desiguales. Para lograrlo, hace falta que la economía brinde los satisfactores en abundancia —con lo que se vuelve a una de las tesis de la primera parte del libro. “La libre repartición se hace posible únicamente cuando los hombres no derrochan los bienes, sino los usan para la satisfacción de sus necesidades libremente limitadas” (p. 286). Aquí su concepto de libertad económica —ya mencionado— toma sentido (p. 185). La libertad

democrática formal está en escoger, según la propia voluntad, sin tomar en cuenta que esta voluntad y las posibilidades le pueden ser impuestas. "La libertad económica es aquélla en donde nadie tiene que obrar económicamente." "Nadie es libre cuando puede elegir entre varias cárceles, sino cuando no tiene ni que elegir."

La piedra de toque del progreso económico no debería ser que los hombres se volvieran más ricos, sino que la pobreza se redujera (p. 32). Y no la pobreza en sentido abstracto, sino la pobreza relativa a la riqueza, dentro de un país, con respecto a la cual los pobres efectivamente se comparan. Esta consideración es de importancia cuando, en abstracto, se estudia la relación entre el desarrollo y las posibilidades de ascenso social desde las capas más bajas. Para éstas, en poco ayuda el ascenso o el descenso. Al contrario, dice él, le quita a sus dirigentes potenciales con más capacidad, quienes suben ayudados por un sistema de instrucción que, por definición, excluye a los menos capaces. Critica Kozlik la tendencia de los partidos socialistas por pedir la democratización de la movilidad ascendente; por dos motivos. Primero, porque piden que se dé instrucción igual a los niños de obreros, siempre que sean capaces; en vez de pugnar porque a todos los niños, sean capaces o no (y sobre todo a los incapaces), se les dé instrucción. Segundo, porque la aceptación de la movilidad es un rasgo que muchos líderes obreros aceptan, pues con ella justifican su posición y justifican su no descenso, su perpetuación en el poder.

Las raíces del poder político en Norteamérica las sitúa en la dirección económico-política de los gerentes que personalmente cruzan del sector privado al sector gubernamental civil y militar, así como en los grandes políticos que a la vez son grandes millonarios y que —en su conjunto— forman el complejo militar industrial. Interesante es anotar que Kozlik prueba que la guerra fría ayudó al Departamento de Defensa a mantener el poder económico-político que le había dado la guerra mundial, y que fundamentalmente este mantenimiento ha sido fruto de la política publicitaria que ile-

galmente llevó a cabo en los años posteriores a la guerra. Esta publicidad elevó la participación de los gastos militares del 11% del producto en 1935 al 58.3% en 1961. Al narrar este episodio, se ve que Kennedy parece haber jugado un papel más favorable al Departamento de Defensa que el mismo Eisenhower.

La reacción popular para con el gobierno y para con el complejo militar industrial parecía encaminarse hasta fines de los años cincuenta hacia el desinterés y la complacencia: votaba alrededor del 50% de los electores en las elecciones parlamentarias; la distribución de electores por senadores discriminaba a las regiones rurales, sin que hubiera movimientos en contra; el presidente es elegido indirectamente; entre los parlamentarios se conocen casos de corrupción. En resumen, el pueblo se veía imposibilitado para mantener el control sobre las decisiones políticas y económicas importantes. Esta situación permitía a los políticos "prometer y no negar nada" y ceder ante los grupos de electores organizados (los grandes petroleros, por ejemplo) y así obtener ganancias personales y para sus amigos.

El último de los artículos que conforman la segunda parte del libro se intitula: "¿Hacia dónde vamos?" y constituye una especie de conclusión política y cuasi partidaria de las ideas vertidas a lo largo del libro. Las justificaciones económicas no se consideran aquí con precisión, sino que se remite al lector a la obra misma.

El núcleo teórico del cual parte se refiere a la tesis de Marx sobre la depauperización absoluta de los trabajadores a medida que maduraba el capitalismo, así como a la tesis de Kautsky (según Kozlik) de la depauperización relativa. Esta última es considerada un simple subterfugio de teóricos marxistas de "biblia" y, además, no lleva a la "desesperación y a la revolución de la clase obrera, que Marx derivaba de la depauperización absoluta" (p. 390). Señala brevemente que han sido tres las principales reacciones teórico-ideológicas que desde entonces se han planteado: a) la depauperización obrera no se ha incrementado, si es que se mide ésta por los salarios reales en los países altamente desarrollados; b) efectivamente

te, sí se ha dado un aumento de los salarios reales, pero éste es pasajero y condicionado por las condiciones objetivas y de mercado del imperialismo. Pasado un periodo "favorable", la depauperización obrera se incrementará, y c) efectivamente han aumentado los salarios reales y no es de esperar que éstos desciendan, porque el capitalismo no ha echado mano aún de las reservas disponibles en materia reformista y del estatismo. Ésta es la tesis que comparte Kozlik, quien la amplía hasta plantear las posibilidades del paso del capitalismo de derroche al socialismo, hacia un nuevo tipo de socialismo, o por lo menos hacia un capitalismo de bienestar.

Ésta es la tesis, a mi modo de ver, más debatible de la obra de Kozlik, pues el optimismo que ella implica para que el reformismo y el estatismo entren a funcionar en una economía como la norteamericana parece exagerado. Esta opinión se obtiene al leer los capítulos referentes a medidas económicas específicas como la política de precios, de créditos, del ingreso y del bienestar social, y no se observa (para la época en que se escribió el libro, ni en él mismo) algún indicio claro de una mayor movilización política de los sectores de bajos ingresos, dominados por la publicidad. Menos fundadas aparecen entonces las críticas que el autor dirige contra "los partidos socialistas" (sin especificar de qué tipo o de cuándo) de no considerar esta posible "vía" hacia el socialismo, ni preocuparse por la política sindicalista de la clase obrera norteamericana.

Una última palabra sobre el estilo general de la obra. Ha sido un evidente propósito del autor dirigirse hacia un público no académico, por lo que el estilo es sencillo y fácilmente asequible. Incluso denota una gran claridad y madurez en sus proposiciones. Varios capítulos comienzan o terminan con frases doctrinarias en el lenguaje político más simple, pero no por ello menos profundo. Un académico probablemente note entonces un cierto descuido en las citas textuales y las citas de los autores con quienes Kozlik dialoga. Estos detalles parecen formar parte de su intención original. Toda la obra destila un fino humor y una gran ironía, la cual parece volverse

hasta agresiva al tratarse del diálogo con los socialistas librescos.

Enrique Contreras Suárez

Wm. W. Winnie, Jr., *Latin American Development*. Los Ángeles, California, E.U., Latin American Center, Universidad de California, 1967, 255 pp.

Se fija la obra como objeto y contenido hacer un texto "concentrado" para ayuda de especialistas y consulta de estudiantes sobre los aspectos humanos del desarrollo, con vista a evitar los fracasos de la planificación.

Sufragada por la Organización de Estados Americanos y por los Cuerpos de Paz (dependencia del gobierno de los Estados Unidos), esta investigación adolece de todas las limitaciones y orientaciones propias de los estudios que suelen hacerse sobre Latinoamérica con dos criterios oficialistas: mejorar "en lo posible" el *statu quo* y justificar los planes "desarrollistas".

El libro se reduce a una exposición superficial de tipo mucho más antropológico que sociológico o socioeconómico de algunos aspectos humanos. Parte de la base de que son los "valores" los que determinan las metas del desarrollo, y los define como "reglas del juego por las que la gente guía su conducta" (p. 21). Dentro de semejante perspectiva brilla por su ausencia la realidad de la asimetría en ingresos y niveles de vida, la influencia de la explotación interna y del imperialismo y, en general, las causas que hacen imperativo un desarrollo muy distinto del que actualmente se emprende. Desde cualquier punto de vista, pues, el libro es irrelevante y queda muy por debajo de las investigaciones de los sociólogos latinoamericanos y de la CEPAL sobre los aspectos sociales del desarrollo.

Para justificar el proceso "desarrollista", el autor evalúa someramente los llamados "proyectos" rurales de Pillapi en Bolivia, Vicos en Perú, Papaloapan en México y el del nordeste del Brasil. Tras ofrecer como excelente alternativa la integración regional, menciona en unas